



Alba de América 41 (2024): 20-21

## Freud & Lisa

(Revista *La mujer de mi Vida*, Sección: "Contame tu análisis")

**Luisa Valenzuela**

¡Qué sería de Freud sin las madres! Solía exclamar un viejo amigo. Han pasado como mil años y hoy lo recuerdo cuando, puesta a optar, dejo de lado dos años de provechoso análisis y me centro en una mera anécdota de cierre.

Esto me pasa por haber ido contra la corriente. Porque en mi casa materna el psicoanálisis no se puede decir que fuera anatema, pero casi. Quizá porque en el '51, cuando apareció *La Casa de los Felipes*, primera novela de mi señora madre doña Luisa Mercedes Levinson que en ese entonces firmaba Lisa Lenson, cierto joven y muy moderno crítico hizo en público una exégesis freudiana de la misma, y a Lisa le dio un soponcio. La intelligentsia porteña allí presente se indignó como si por primera vez oyera hablar de envidia del pene o de fijación anal o de libido. Nada inocente era la novela de mi madre, pero sí su psiquis. Virgen de psicoanálisis como habría de decir unos treinta años después cuando... pero eso viene más adelante.

En 1951 yo era demasiado chica como para ir a presentaciones de libros aunque fueran maternos, pero no para prestar atención a lo que se hablaba más tarde en el living de casa. Borges y Mallea y todos los respetados caballeros de las letras, hasta Sábato, defendían indignados el honor de la doncella que no era tal por supuesto pero sí muy atractiva. Y la nena que estaba allí como un mueble más, mueble parlante en general pero en este caso mudo, fue captando el oscuro encanto del tema y cuando no había nadie en la casa acostumbró a trepar hasta el anaquelel más inaccesible de la biblioteca donde estaba un libro no prohibido, no, ella podía leer de todo porque nadie le prestaba atención, pero un libro de difícil acceso –intelectual, digamos. Eran el *Freud*, de Emil Ludwig, que durante los primeros años de su adolescencia le sirvió de lectura porno junto con *El diablo en el cuerpo* de Raymond Radiguet.

Así empezó mi experiencia psicoanalítica: de ojito. Y de ojito siguió, o mejor dicho de ojo

deslumbrado, desvelado, porque en París, a principios de los '70, en el muy bohemio taller de la pintora Lea Lublin encontré una noche los *Écrits* de Lacan y no pude parar de leerlos. Fui instantáneamente atrapada por “La instancia de la letra en el inconsciente” y por esa escritura semi incomprensible, arrevesada y bella. Mi vida de errancias estaba en pleno y volví a Buenos Aires hecha una hoja al viento, un ser desmigajado. Por fortuna me reencontré con mis amigos y confidentes de otrora, Araceli Gallo y Guillermo Maci, ya casados, devenidos célebres psicoanalistas los dos, él dictando seminarios sobre Lacan. Me metí de cabeza en los seminarios mientras sufría tironeos contradictorios. Los escritores de la generación anterior a la mía repetían que el análisis solo servía para matar la imaginación, mientras mis coetáneos ya no te preguntaban de qué signo astrológico eras sino con quién te analizabas.

Decidí que mi imaginación no era tan lábil como el resto de mi almita, y opté por el análisis. Pero una sola profesional me convencía. Y hube de renunciar a las salidas sociales con Araceli Gallo, ya conocida como Chela Maci, para poder analizarme con ella. Y durante dos memorables años asimilé teoría de boca de uno para después apreciar junto a la otra la puesta en práctica de dicha teoría. Muchas palabras mías y pocas de ella, pero directamente al blanco. Aprendí así cómo pueden levantarse los velos sin por eso desvelar la fantasía, y armé bastante bien mi rompecabezas de entonces y pude aceptar nuevamente la errancia. Los años se volvieron de plomo también para el análisis y en el '78 dejé el país con mucho resquemor desde la política y una consigna desde el diván: romper con la fascinación materna. Nunca vas a armar tu vida de manera plena si seguís fascinada con tu madre, fueron las palabras de despedida de mi analista.

Cuando en el '83 vine de New York para los festejos del retorno a la democracia, mi santa madrecita me volvió a tirar encima uno de sus malditos reproches. Entonces pude darle el ultimátum: o encuentro conjunto con Chela Maci o pérdida de hija. Aceptó sacrificar lo que ella llamaba su virginidad psicoanalítica y, sentadas en el mismo consultorio que había escuchado mis antiguas cuitas, Lisa contó las suyas. Con toda gracia, claro está, desplegando sus plumas. Habló de los tés *dançants* a los que solo podía ir acompañada por su propia madre que le hacía pasar vergüenza porque iba con vestidos floreados de pronunciado escote mientras las demás madres, dignas matronas engordadas a masitas, parecían “huevos de luto” (sic).

En ese momento dejé de preocuparme porque entendí que el mal que me aquejaba era congénito, de transmisión matrilineal. Pero también era contagioso, porque cuando quedamos solas esperé de mi analista unas apreciaciones agudas sobre mi progenitora que me devolverían a mi ideal del yo o lo que fuere, pero Chela solo emitió una frase. “Tu madre es fascinante”, me dijo.

Y yo nunca pude deducir si con dichas palabras mi apreciada analista reconocía mi capacidad de apreciación, o me declaraba definitivamente desahuciada.